

Poe contra todos

Además de gran escritor, el maestro del terror fue un crítico literario mordaz e intransigente que zahirió a muchos de sus contemporáneos

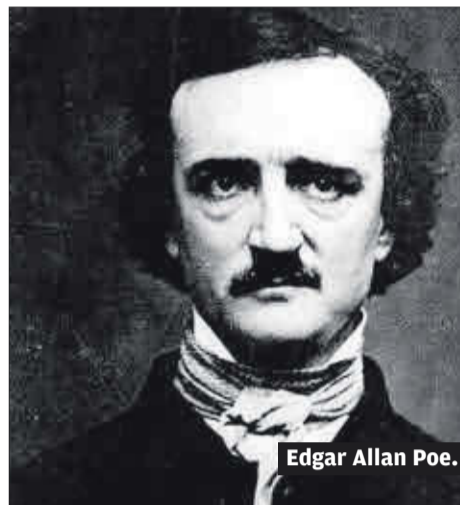
POR JUAN GAITÁN

■ Edgar Allan Poe (Boston, 1809- Washington, 1849) es uno de esos escritores universales a quienes, más o menos, todo el mundo ha leído (tengo la sensación de que no pasa lo mismo con Miguel de Cervantes y William Shakespeare). Varias razones confabulan para ello. En primer lugar, probablemente, sus múltiples facetas y su capacidad de innovación en todas. Se puede afirmar que su poesía hizo de puente entre el romanticismo y el simbolismo francés. Y que con *Los crímenes de la Rue Morgue* literalmente inventó el género detectivesco.

En EE UU solo empezaron a reconocerlo verdaderamente cuando Charles Baudelaire comenzó a difundir su obra poética e hizo falta mucho más tiempo para que, además, fuese reconocida su valiosísima obra ensayística. Aunque quizá el trabajo de ensayo más conocido e innovador sean sus reflexiones sobre los cuentos de Nathaniel Hawthorne y sobre su propio poema *El cuervo* (publicados ambos alrededor de 1842), donde establece el principio de unidad de impresión y la existencia del final sorpresivo, con lo que determina la noción de cuento moderno (reglas que heredó Julio Cortázar), Poe tiene una valiosa obra de crítica literaria de la que se ocupa el tercer volumen de sus ensayos completos, magníficamente editados por Páginas de Espuma.

Poe fue una especie de renegado social, un romántico, en la más amplia acepción, que, acorde a ello, llevó su vida al límite en casi todos los órdenes. Y a esos mismos límites lleva también la crítica literaria. Estoy convencido de que no hay en la actualidad un crítico capaz de escribir las cosas que Poe escribió, nadie que tenga el valor suficiente para decir lo que él llegó a decir de autores consagrados que contaban con el beneplácito del público y de la mayor parte de la crítica, y a los que él atacó sin miramientos.

Así, el volumen III de los *Ensayos completos*, dedicado especialmente a las reseñas sobre autores y literatura estadounidense, comienza con las críticas a Henry Wadsworth Longfellow, que rara vez sale bien parado. Así, en la primera reseña, sobre la obra *Hiperión*, ya se despacha con estas palabras: «Que engendros tales tengan éxito es atribuible al triste hecho de que existan hombres de genio que, de vez en cuando, sin tener en cuenta su auténtico deber, las escriben». Longfellow es, en esos momentos, un autor famoso, profesor en una importante universidad, y sin embargo Poe arremete contra él con toda clase de argumentos, inapelables la mayoría. Diseciona sus tex-



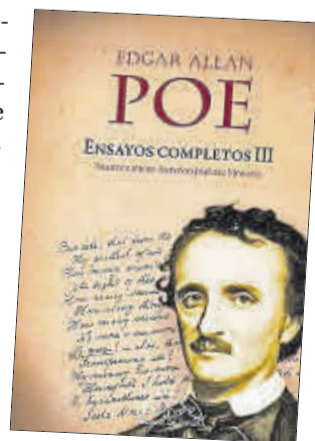
Edgar Allan Poe.

tos, sobre todo sus poemas, y pone en tela de juicio, incluso, su honradez literaria acusándolo de plagio. Así, en el poema de Longfellow *Misa de medianoche para el año moribundo*, encuentra demasiadas similitudes con la obra *La muerte del Año Viejo*, del poeta inglés Alfred Tennyson, concluyendo entonces que «...no es nuestra intención comentar, en detalle o por encima, este plagio, pero es demasiado palpable como para no reconocerlo, y que pertenece a la clase más bárbara de robo literario: aquella en la que, mientras se evita reproducir las palabras del autor agraviado, en cambio su propiedad más intangible y, por tanto, más difícil de entender y más complicada de reclamar, le es hurtada».

Tuvo también para otros autores, como William W. Lord, de quien dijo que «cada vez que el lector se encuentra con algo que no es decididamente plano, puede dar por sentado de inmediato que es robado». Pero su agudeza no se encaminó solo a detectar los plagios, también fue exigente con la técnica. Así, del pobre Lord señaló: «En lo tocante a la versificación, es en extremo ignorante. Dudamos de que pueda distinguir entre un dactilo y un anapesto». Tras las invectivas hay un finísimo lector, lleno de agudeza y conocimiento, intransigente con la falta de rigor técnico. Muestra una insuperable puntería a la hora de detectar lo valioso, lo bello, lo verdaderamente poético, al mismo tiempo que se muestra ácido, mordaz, intransigente, con lo que proviene del plagio o la mala literatura.

Y así fue analizando a un buen número de autores de su tiempo de los que pocos se salvaban, incluyéndose a sí mismo. Hoy sería inadmisibles, pero Poe llegó a criticar su propia obra. Es ahí donde hallamos alguna perla teórica de alto valor, como su definición de trama: «Aquella en la que nada puede ser cambiado de sitio, o de la que nada puede ser eliminado, sin arruinar el conjunto, aquella en la que nunca somos capaces de determinar si un punto depende o sostiene a otro».

Un libro con el que disfrutar de la valentía y la sagacidad de un crítico sin miedo y sin filtros morales o de conveniencia. Un crítico que echamos de menos ante la ¿poesía? de Twitter y alguno de sus autores.



EDGAR ALLAN POE
Ensayos completos III
Traducción de Antonio Jiménez Morato
Páginas de Espuma
480 páginas / 35 euros

Leemos



José Joaquín Martínez Egido

Lo magistral no aparente

Cuando escribir se convierte en ejercicio de pensamiento para el lector: *La promesa*, de Damon Galgut

El verano avanza y las buenas lecturas se adaptan al trabajo y al ocio de este mes, disfrutando. Algo que no parece que saboreen los protagonistas de *La promesa* (Libros del Asteroide, 2022) de Damon Galgut, autor sudafricano y ganador con ella del Premio Booker 2021.

Conoceremos, en Pretoria, la historia de la acomodada familia afrikáner Swart durante 30 años, desde los últimos años de la segregación racial. Aunque también es la no historia de esa misma familia, pues, si algo caracteriza el estilo sosegado y profundo de Galgut, es la de no contar todas las cosas, sino la de presentar a los personajes en diferentes momentos de su vida manteniéndose distante de ellos y al lector con él.

Se adopta un punto de vista narrativo omnisciente, pero se construye toda la historia más sobre las ausencias, lo que no se cuenta, que sobre lo que realmente se relata. De esta forma, el autor,

con este narrador nada objetivo y poco expositivo que construye los diálogos entre los personajes sin marcarlos gráficamente y obligando al lector a que actúe en su interpretación, fragmenta la historia en torno a cuatro de los personajes principales

de la familia, Ma, Pa, y dos de los hijos, Astrid y Anton. Cada uno de ellos constituye un capítulo con numerosas secuencias sin numerar, que muestran una historia lineal, pero fragmentada mediante el empleo de la elipsis temporal. Por supuesto es intencional que, Amor, la hija pequeña, no posea un capítulo para ella, siendo la única que estará presente a lo largo de toda la novela y, consecuentemente, en la historia familiar. Es un personaje clave configurado para dotar a la trama de una puesta en intriga argumental, tanto por su presencia en la acción, como por su ausencia de ella; hasta el punto de que es el personaje que abre y que cierra la novela: «El resto de mi vida sin vivir y, no obstante, entrelazada en el tejido de las cosas» (p.320)

El tema de la historia reciente de Sudafrica se encuentra presente en la propia anécdota que da título a la novela,

pues la promesa consiste en que la familia debe regalar la casa en la que vive Salomé, una criada negra de la familia. Promesa que, en su lecho de muerte Ma obliga a su marido a cumplirla y que, con el paso de los años, se convertirá en la principal reclamación de Amor a su familia. Se plantea así la diferencia entre ricos y pobres y, sobre todo, entre negros y blancos; de tal forma que, por ello, la novela podría ser interpretada como una alegoría de la propia actualidad de Sudafrica. Es en este sentido donde se encuentran las valoraciones y las opiniones del narrador, como, por ejemplo, en la final de la Copa del Mundo en Johannesburgo con todo el país pendiente del televisor: «Sudafrica! El nombre solía ser motivo de vergüenza, ahora significa algo más. Realmente somos un país que desafía la gravedad» (p. 170); «Estamos en Sudafrica, la tierra de los milagros» (p.179); o el empleo de la rectificación para evidenciar algún aspecto temático: «Se

cuela por unos cuantos agujeros de la casa Lombard, perdón, de la casa de Salomé» (p.321)

Sin duda, la muerte se convierte en elemento estructural considerable. Empieza con una Amor casi adolescente y termina

cuando ella tiene ya más de cuarenta, siempre con sus llegadas a la granja familiar debidas a la muerte de alguien de su familia. Es como si la falta de vida fuera realmente el motor de la novela, el cómo esa falta va interfiriendo en las vidas de los que tienen que seguir viviendo.

Y ¿Por qué deberíais de leer esta novela? En primer lugar, porque es un excelente ejercicio de lectura singular por el tipo de narrador subjetivo y sin ambages, tanto en cómo cuenta los hechos, como en la técnica utilizada para la presentación y el desarrollo de los personajes, sobre todo en el caso de Amor; porque nos lleva a un país alejado del nuestro y nos muestra, de forma casi oculta, la sociedad de clases; y, por supuesto, porque es una novela de alta calidad con la que disfrutar de nuestra querencia por la lectura ahora en pleno verano.

